

Segundo Alvarado Feijóo-Montenegro

Las exposiciones de 1987 en Orense

(De Julia Minguillón a Xaime Quessada
con el paréntesis de Prieto Nespereira)

Estos tres nombres constituyeron la relevancia artística en las exposiciones orensanas del ochenta y siete y por muy diferentes motivos. La de Julia, porque era retornar a aquella pintura gallega que comenzaba a hacerse ver y sentir en la España de la postguerra; la de Julio Prieto porque era el intento de conseguir el museo que Orense proyectaba dedicar al pintor, que fuera nombrado hijo predilecto allá por el treinta y dos; la de Xaime, porque volvía a ser una exposición, entre antológica y retrospectiva de su obra, aprovechando el escenario del Pazo de Vilamarín y porque venía a servir de apoyo a la publicación que sobre su vida y su obra le dedicaba la diputación, tras las dedicadas a Failde y a Prego de Oliver.

Esto, de una parte. De otra, respecto a las salas, en el parte de altas y bajas, poder reseñar que se abría el nuevo museo municipal con la exposición de Julio Prieto Nespereira, pero se cerraba otra sala profesional, la de Conde Sueiro, en la calle de Padre Feijóo, sala que nos asomaba al mundillo pictórico madrileño. Fueron, en síntesis, los acontecimientos más noticiosos del año.

La sala de Caja Orense

La sala de Caja Orense, instalada en uno de los bajos del edificio Torre ha venido funcionando todo el año, pero de una manera irregular, ya que no es una sala profesional expresamente dedicada al arte. Allí se hace fotografía, por ejemplo y otras muestras como la de «qué es la ecología», sobre divulgación científica, una muestra sobre maquetas de hórreos, o la holografía.

Respecto a las exposiciones de pintura que más interés pudieron despertar, había que señalar dos, la de Julia Minguillón y la de Manolo Pesqueira. La primera, porque su obra era apenas conocida en Orense; la segunda porque, celebrada en noviembre, era la última que Manolo Pesqueira, el pintor de Lantao, celebraba en nuestra ciudad, antes de morir, en febrero del ochenta y ocho.

Julia Minguillón, la pintora lucense que fallecía en el 65, vino a Orense de la mano de María Victoria Carballo-Calero Ramos, profesora de arte del colegio universitario. Los cuadros del museo de Lugo, entre ellos «La escuela de Doloriñas», pudieron ser contemplados aquí y la muestra tuvo singular interés, ya que en torno a ella se organizaron visitas de numerosos alumnos de

centros docentes. Aquella segunda quincena de enero, apenas amanecido el 87, pude charlar, tras largos años, con Francisco Leal Insúa, que fuera director de Faro de Vigo, con el que llegué a mantener una muy preciada amistad. La muestra de la pintora, su esposa en vida, despertó singular interés.

Después, ya en noviembre, Manolo Pesqueira nos ofrecía una colección de su última obra, así como cuadros todavía sin vender. No era, precisamente, lo mejor del pintor, que estuvo en la sala muy poco tiempo, con muchos años encima, y a cuya muestra apenas si se le dedicó atención informativa en la ciudad.

Las exposiciones se iniciaron con una muestra del orensano Manuel Vidal, al comenzar el año. El pintor de El Puente, abordando un naturalismo intimista y lírico, ofreció una nueva prueba de su buen saber hacer, de su honestidad, de su raro sentido plástico del paisaje y los ambientes. Aporta ahora una nueva técnica, la del pastel, lo que le da un expresivo colorido a su obra. Vidal, de la nueva generación de pintores orensanos, tiene mucho que decir todavía porque se entrega con tenacidad y pasión a un continuado trabajo de elaboración y búsqueda de fórmulas y texturas que enriquecen notablemente su obra.

Otro pintor orensano, aunque residente en Vigo, Fernando Quesada, el de las humorísticas viñetas de los diarios y revistas, nos trajo una muestra de óleo en el mes de marzo, una pintura que retoma estampas renacentistas, con colores planos, vivos, simples, en una mezcla de ingenuidad y travesura.

Después, la escultura de Clemente Ochoa, el catedrático de arte de la Escuela del Profesorado de Barcelona, en la tendencia de la nueva figuración; la presencia de la pintora lucense Blanca López, cuya obra realiza en Madrid y en París, que mostró una interesante colección de óleos y dibujos.

En pleno verano, «seis presencias orensanas» fue la exposición colectiva de los pintores orensanos de la nueva generación: Gonzalo Dacosta, Julio Rivera, Manolo Figueiras, Venancio Blanco, Xavier Riomaos y Tomás Novelle, jóvenes de atrevidas tendencias y buena mano.

Hay que saltar luego al cubano Uribazo, con interesantes dibujos, al madrileño Daniel Merino, con cuadros sobre atrayente abstracción y, finalmente, a otro orensano, el ceramista Xavier Cuiñas.

En líneas generales, todo un programa muy versátil de exposiciones, de amplia diversidad. Respecto a la pintura y escultura le falta mucha documentación en los catálogos por los que lo que podría tener de docente puede perderse en la mera contemplación de obras de arte, muchas veces elegidas sin criterios rigurosos de selección.

Una ventana al exterior

La sala de Choni Conde Sueiro venía siendo una ventana al exterior, especialmente a lo que se da en llamar «la movida» madrileña de la pintura. Funcionaba en la carretera de Rairo, pero se trasladó a la calle del Padre Feijóo. Fue cerrada y ahora funciona en la plaza de Paz Nóvoa, a la espera de organizar nuevas exposiciones.

En el mes de enero presentó una muestra colectiva de los pintores Pilar Cocero, Totte Mannes, Germán Koëinig, el escultor Torres y la propia Chony Sueiro, que mostró una interesante colección de plumillas. Fue una muestra muy visitada, con atractivos importantes como la escultura en cristal de Torres, las abstracciones de la finlandesa Totte Mannes, los esmaltes de Pilar Cocero y los óleos del alemán Koëinig, junto con el excelente trabajo de la orensana Chony Sueiro.

Después, el escultor de Allariz, Arturo Andrade, sorprendió con una muy buena muestra de su obra reciente, que incorpora a su escultura elementos de instrumentos musicales, alterando así el esquema de abstracción tan proclive a su inspiración plástica.

De las Casas presentó luego una sugestiva muestra de pintura plana, esquemática, siluetas negras sobre fondos muy vivos. El patronato del homenaje a Curros Enríquez trajo a dos pintores, Rafael Mundi y Manuel Barco, en línea con nuevas vanguardias. En abril, el pintor francés Mallet traía estupendos cuadros impresionistas de la famosa escuela parisina y, por último, ya en mayo, mes en que cerró la sala, Cristóbal Toledo, el pintor inválido que tiene que pintar con la boca, ofrecía una interesante exposición de pintura realista de gran fuerza, él, uno de los miembros más destacados de arte Muti.

Claustro del liceo

El claustro renacentista de Liceo Recreo Orensano es también asidua sede de exposiciones. Solamente algunas podrán ser objeto de atención especial al no existir selección previa de artistas o, al menos, una exigencia rigurosa —que siempre es más bien generosa— sobre su calidad o prestigio.

La exposición de pintores gallegos del XIX y XX, que presentó Galería Altamira en mayo no fue sino un conjunto de cuadros que pasó desapercibido. No tenía afanes de rigurosa selección, sino de mera presentación de obras que la Galería pudo lograr con el objeto de mostrarlas al público. Una muestra poco ambiciosa.

Otra exposición, la de «Castelao en el exilio» respondía más bien al aspecto bio-bibliográfico que a la importancia pictórica del gran gallego.

Desde el punto de vista estético, sí hay que mencionar de manera preferencial la exposición colectiva «Jóvenes artistas de Cuba», integrada con obras de Carballo, Puig, Fabelo y Uribazo (este último exponía individualmente en la Caja de Orense). La colección dibujística era interesante, pues ofrecía novedades obvias sobre técnicas y tendencias, habida cuenta de que se trataba de alumnos de escuelas de arte.

Como final, dos menciones: La de la exposición de Modesta Fernández Blanco, «Méborat», que ofreció pinturas y una colección de esculturas de apreciable interés, y la muestra colectiva de artesanos orensanos, con la que se cerró, en el salón noble, la temporada del Liceo. En esta muestra de artesanía estaban Teresa Rodicio con estaño; María Lourdes Rodicio con esmaltes en frío; María Isabel Fernández Lastres con encajes de Camariñas; María José

Fernández García con estaño, Mónica Hentschell con escultura cerámica, Merche Vázquez con adornos florales, y el joven Luis González Blanco en su primera muestra de escultura. Una exposición, en conjunto, de alto nivel, que acaparó la atención de los orensanos durante la temporada navideña.

Prieto Nespereira y el museo municipal

Desde mayo hasta septiembre, las nuevas salas del llamado museo municipal fueron inauguradas para ofrecer una exposición antológica de la obra del orensano Julio Prieto Nespereira, el nonagenario hijo predilecto de Orense. La exposición fue organizada por la Xunta de Galicia. Indudablemente, bien presentada, mostrándose ciento treinta y cinco obras en la primera y la segunda planta de un edificio, el de la calle de Lepanto, reconstruido y reiteradamente remodelado para ser «Museo Julio Prieto Nespereira». Más de millón y medio de pesetas costó esta exposición, incluido el enmarcado de la obra. Más de un centenar de grabados hubieron de quedar almacenados, sin poder ser expuestos.

La muestra incluía obras de Prieto Nespereira desde los años de su medalla de oro en la Nacional de 1932. Los grabados, según se pudo saber, reproducidos de planchas antiguas por los talleres del alemán Dietrich, de Madrid, incluían, muchos de ellos tonos de color que no estaban en los originales primitivos. La obra y la evolución de Julio Prieto pudo ser seguida, pero cualquier experto en las artes del grabado colegía, de manera inmediata, la inacabable posibilidad de reproducciones que ofrecía la misma plancha de un grabado, pues al mismo tiempo se anunciaban exposiciones paralelas en otros lugares, y se gestionaban museos Prieto Nespereira en otras localidades gallegas.

Un costoso catálogo, que incluía numerosos artículos dedicados al grabado por diversos escritores y críticos, completaba la muestra.

Hay que señalar que, en torno a esta vieja pretensión de Julio Prieto, que data ya de los primeros años sesenta, de que se crease un museo en Orense para su obra, ha jugado papel decisivo la política, muy por encima de la estimación o calificación artística. Ya, en aquel entonces, el grabador pretendió que se le dedicase el museo arqueológico, cosa a la que Jesús Ferro se negó en redondo, ofreciendo sí, una sala. Todo ante la oferta de Prieto de «ceder» a Orense toda su obra, incluso pertenencias de otros pintores o obras de arte. Como «consolación», la Diputación le organizó una exposición en la sala Souto, entonces instalada en los bajos de Galerías Roma, una muestra en la que vendió obra reproducida a precios muy altos, con edición de costoso catálogo y otros numerosos gastos. Pero el museo no se fraguó hasta que el intento se reprodujo. Había una oferta generosa que Julio Prieto jamás llevó a un documento. La corporación anterior creyó de buena fe todas las ofertas y, lo que en el mandato de José Luis López Iglesias iba a ser un museo municipal para recoger la pinacoteca de los artistas más esenciales, en el mandato de Caride-Tabarés se intentó convertir en el museo Julio Prieto, invirtiéndose en el edifi-

cio primero 26 millones, después 30 más, tras las exigencias del grabador, incluyendo 9 millones de subvención del MOPU. Las tres plantas del edificio del XVI habían de quedar para él, pero no formalizó jamás el legado de su obra y, además, los mismos grabados, de las plantas originales, eran reproducidos para otras exposiciones. Parece ser que su última condición es la que se le remita toda esa obra, y él devolverá cien grabados recientemente reeditados para enmarcar aquí. No se sabe lo que el ayuntamiento acordará, pues ni el mismo ayuntamiento supo jamás lo que se traía entre manos.

Lo único que se saca en limpio de esta triste historia es que el edificio remodelado no se sabe si va a ser museo —para lo que no está adaptado— o mera sala de exposiciones. No tiene personal idóneo, pues hasta llegan a prestar servicios obreros en paro, procedentes del INEM. El ayuntamiento no ha presupuestado ni el más elemental crédito para su mantenimiento ni funcionamiento; una comisión municipal de legos en la materia decide sobre lo que allí se hará y así, de septiembre a diciembre se celebraron exposiciones, algunas de las cuales ni el más generoso criterio selectivo hubiera podido admitir, como la de Expamer 87, sobre numismática; la de la colectiva de pintoras orensanas, de la Asociación de Defensa de la Mujer; otra del INORDE sobre la cerámica de Niñodagua y, por último, la exposición de escultura de un agente de la policía local. Sin dotación ni personal, pues el único que se enfrenta contra esta panorámica, entre absurda y grotesca, es Juan Carlos Rivas, uno de los miembros del grupo Marcelo Macías, funcionario municipal, encargado no se sabe si de su custodia, de su organización, de su funcionamiento o de qué, pues ya en este año el «Museo fantasma» Julio Prieto permanece en el más absoluto paro.

De todo ello puede colegirse que, primero, Orense no ha sabido medir la dedicación que le debiera a Julio Prieto, segundo, que no es el único artista al que se le debe una dedicación, pues están también Antonio Failde, el escultor, Manuel Prego de Oliver, el pintor, y Luis Trabazo, el escritor y pintor, con obra póstuma suficientemente importante como para poder crear con ella museos de indiscutido interés (y nos referimos a los muertos, entre los que habría que citar también a Parada Justel para reunir su obra, hoy tan dispersa); tercero, que Julio Prieto ha planteado siempre unas condiciones o exigencias que, ateniéndonos al valor intrínseco de su obra, han sido siempre desmesuradas y propias de su personal megalomanía; cuarto, que estos «eidos de la cultura» no pueden caer en manos ni de políticos oportunistas ni de aficionados llamados a rebato. Sólo así se explica que la ciudad de mayor número y más importantes artistas gallegos no cuente ni con el más mínimo museo que recoja su obra y la ofrezca permanentemente a las generaciones venideras. El ejemplo de otros pueblos y de otras ciudades no cunde aquí, como si los orensanos se olvidasen adrede de algunos de sus mejores hijos, lo cual no tiene otro calificativo que el de la ingratitud.

